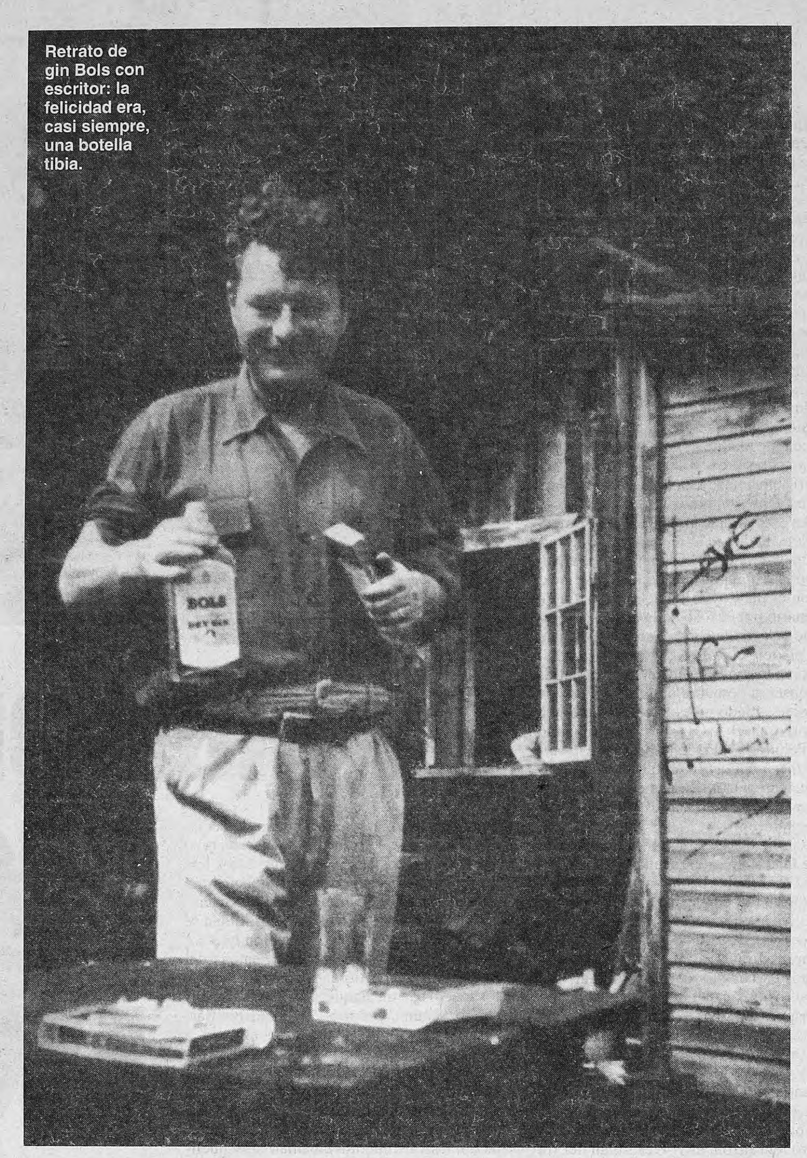
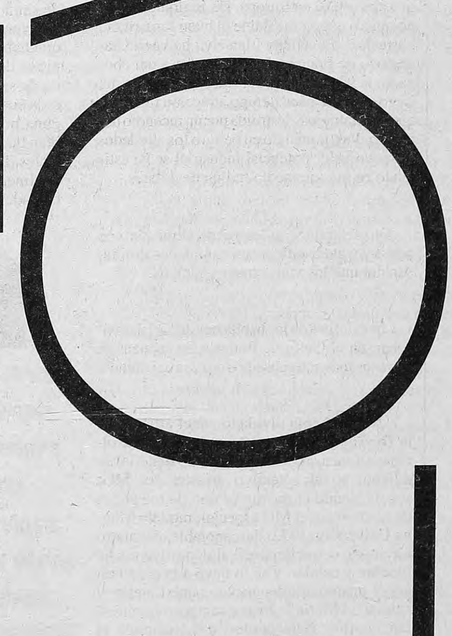


Retrato de gin Bols con escritor: la felicidad era, casi siempre, una botella tibia.

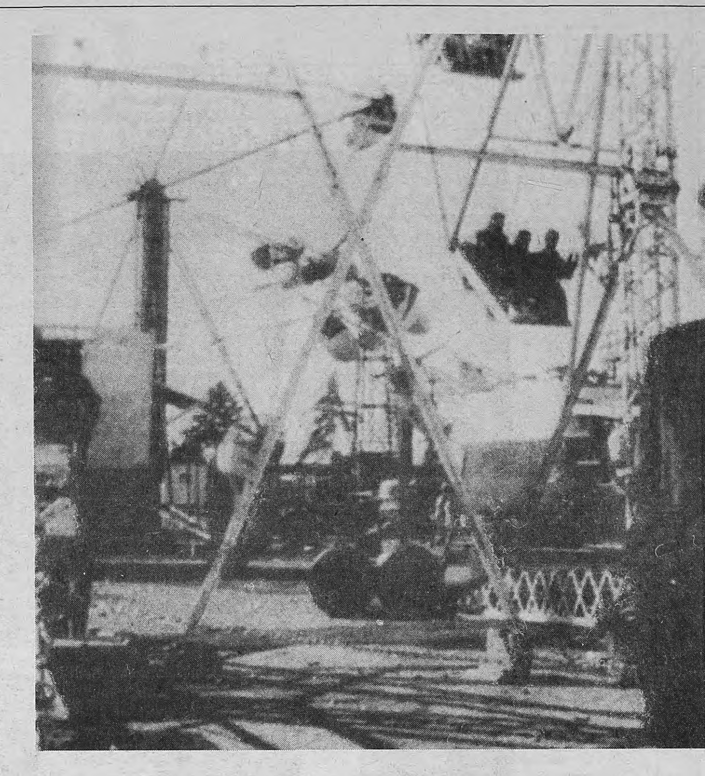
MALCOLM LOWRY



La vida de Clarence Malcolm Lowry, que nació en Inglaterra en 1909 y murió allí en 1957, fue un verdadero infierno, del que a veces lo rescataba el alcohol ("Nuestra vida ideal contiene una taberna", dice uno de sus sonetos) y casi siempre su segunda mujer, Margerie Bonner. Ahora se lo disputan para sus respectivas literaturas los ingleses, los canadienses y los norteamericanos, pero en 1947, cuando apareció su obra maestra, *Bajo el volcán*, fue opacada por la olvidable novela *El fin de semana perdido*, de Charles Jackson, cuyo único mérito es el de haber dado origen a una película de Billy Wilder (*Días sin huella*, con Ray Milland).

Aparte de su condición de hijo no deseado, de sufrir entre los nueve y los trece años ulceraciones de la córnea que casi lo dejan ciego, de ser herido de bala en Penang (Malasia), hospitalizado por dipsómano en Nueva York y encarcelado en México, Lowry se especializó en perder manuscritos. Tuvo que reconstruir a partir de notas su primera novela, *Ultramarine* (1933), se le quemó una llamada *In Ballast to the White Sea* y por poco se le quema también el manuscrito de *Bajo el volcán* cuando ardió su casa en Canadá: él se quemó al rescatarlo, pero para compensar semejante buena fortuna luego desapareció la traducción italiana del libro. Gracias a su viuda –de nuevo– se han publicado sus *Poemas escogidos* (1962), los relatos de *Escúchanos Señor desde el cielo tu morada* (1961) y varias novelas, entre ellas *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* (1968). Lowry es uno de los tragos más fuertes de la literatura de este siglo.

Próximo martes: Prefacio a *Los perros negros*, por Ian McEwan.

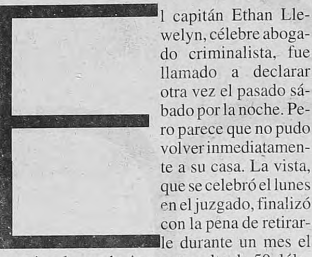


¡El elemento ser

Por Malcolm Lowry

LLAMADO A DECLARAR
Una vez no ha bastado

Abogado prueba la cárcel



El capitán Ethan Llewelyn, célebre abogado criminalista, fue llamado a declarar otra vez el pasado sábado por la noche. Pero parece que no pudo volver inmediatamente a su casa. La vista, que se celebró el lunes en el juzgado, finalizó con la pena de retirarle durante un mes el permiso de conducir y una multa de 50 dólares. El agravante de intoxicación alcohólica que sobre él pesaba fue desestimado. El defensor de la ley tuvo problemas con la ley en la autopista Toronto-Ixión, donde se le había atascado el coche y donde lo interrogó un agente de un coche patrulla que pasaba por allí.

Según manda el código

Conocido desde hace tiempo como el "defensor del hombre de la calle", el capitán Llewelyn, que admitió haber tomado un par de copas "en una fiesta de despedida en mi honor", explicó que, según manda el código de circulación, se había detenido cinco minutos antes para empujar a unos jóvenes cuyo vehículo se había quedado atascado en la carretera, y luego, al arrancar, también él "sufrió la avería". Al pedírsele que explicase por qué estaba en el lado prohibido de la carretera, alegó que su vehículo, de fabricación inglesa, se había "quedado al parecer también sin combustible", por lo que no había dudado en detenerse en el lado izquierdo "contra su costumbre" o "en señal de protesta" o "sencillamente porque el coche lo prefirió así".

No es el buen samaritano borracho

Tras considerarse que estas explicaciones eran confusas, fue conducido a la prisión de Toronto, aunque se le puso en libertad más tarde sin fianza y tras comprometerse a no reincidir. Luego explicó a los periodistas: "Probablemente sufrí una conmoción retardada y creí que aún estaba en Europa. De cualquier modo no quiero que se me llame el buen samaritano borracho". El capitán Llewelyn ha vuelto hace poco de Francia. La célebre casa del abogado, la Mansión Barkerville, en Niágara del Lago, y desde hace tiempo atracción turística, quedó totalmente destruida por un incendio hace diez días, poniendo en peligro los alrededores cuyo valor potencial industrial se ha estimado en más de medio millón de dólares.

***

A los elefantes se les puede alimentar con whisky y agua caliente en cantidades ilimitadas durante los viajes transoceánicos.

***

Los palafitos de los habitantes de las Islas Nicobar, en el Golfo de Bengala, se encuentran entre los más antiguos tipos de casa del mundo.

...No, no había olvidado aquel artículo de la *Toronto Tribune* y no era probable que olvidase nunca, ahora, aquel último material de relleno. Ni el colectivo arrastre del MG: seguía siendo el mismo (y uno de los pocos de su clase aquel MG especial, modelo Magna University, 1932, descapotable, de cuatro asientos), como tampoco el deportivo coche fúnebre y celular: y se lo llevó a la cárcel en aquel mismo antideportivo coche fúnebre y celular, el María la Negra; tampoco la cárcel, tan familiar vista desde fuera, tampoco el agradable polizonte, que lo conocía, que le dijo: "No se preocupe, señor Llewelyn, tenemos aquí a la flor y nata de Toronto, como usted bien sabe". Ni al desagradable, que no lo conocía, y que, cuando Ethan se puso a hablar otra vez del incendio, lo metió de un empujón en una celda provisional que apestaba a orina, donde lo tuvo un buen rato. "¿Cómo se llama usted?", había preguntado a otro desgraciado que allí había... "Mire, yo no soy más que un asesino."

–No para volverse loco exactamente. –Cierto; pero ahora era como si el mundo subjetivo e interior, a fin de combatir aquella amenaza, se hubiese vuelto en cierto modo del revés: como si el mundo objetivo y exterior hubiese caído en una suerte de histeria. Contagiado, quizá, por la pobrecilla Jacqueline, que, aunque había estado magnífica durante su detención, indignada por él, tierna con él, incluso de buen humor, había sido presa de ocasionales ataques de histeria en los que, con creciente facilidad, podía ser víctima de sustos y sobresaltos. Y según parecía no había febrífugo contra esta doble enfermedad, contra esta intercomunicante fiebre de locura cuyos efectos la arrojaban a una dimensión anómala donde la realidad parecía calculadamente vencida. Como (¿o era al revés?) en esas obras en que los actores se mezclan con el público saliendo y entrando en el escenario por el foso de la orquesta (quizá como en aquella época, recordaba Ethan, en que el viejo cine de Niágara del Lago había sido un teatro experimental), y mientras se los observa descubre uno de repente que quien tiene al lado no es la chica con quien ha entrado en el local, sino el mismísimo Mono Peludo –o Claude Rains en *De la mañana a la medianoche*–, enfermedad y pesadilla que parecían infiltrarse en la vida y retroceder sin dificultad, hasta el horrible contagio común.

Durante la quincena anterior, en el Príncipe de Gales, entre el incendio y la detención de Ethan, había habido una serie de violentas tormentas con aparato eléctrico y casi todas las noches les había parecido oír la sirena del coche de bomberos. Sin embargo, de manera extraña, porque no había habido incendios en Niágara del Lago durante décadas, otros tres incendios se habían declarado después del suyo en aquellas dos semanas, dos probablemente a causa de un rayo, el otro totalmente inexplicable, los tres nocturnos y todos, a diferencia del suyo, de menor cuantía. Los tres se habían declarado cerca de las ruinas de la vieja mansión Barkerville, a bastante distancia del Príncipe de Gales. Pero a la sazón, al volver Ethan del fin de semana en Toronto que había terminado tan vergonzosamente (viaje sin embargo, que había tenido por objeto la ruptura definitiva de sus relaciones con la filial torontana de su compañía, pues la fiesta de despedida en honor de sí mismo no había sido ninguna broma), otros cuatro incendios se habían declarado cerca del mismo Príncipe de Gales. Deshechos y borrachos, Ethan y Jacqueline, que por prescripción médica estaban además bajo los efectos de un fuerte sedante, dormían en realidad cuandose declaró el primero, que comenzó cuando un rayo alcanzó un depósito de leña que había tras los viejos establos llenos de diligencias con telarañas, a unos cuarenta metros de distancia a lo sumo. Cuando el segundo, Ethan se despertó, vio la roja conflagración que coloreaba la parte derecha de la ventana del dormitorio y advirtió que Jacqueline sufría los efectos de un ataque. Chillando –imaginando, según contó más tarde, que era Barkerville lo que ardía–, medio arrastró a Tommy fuera de la habitación y hasta la calle. Por suerte no era el hotel lo que ardía, sino otra leñera. Habiendo conseguido, con ayuda de la comprensiva Madame Grigorivitch (que, ucraniana exiliada, no era extraña a tales sufrimientos), calmar a Jacqueline, Ethan colaboró con los bomberos en la extinción del fuego, trasteó con la manguera y acabó con un ojo ennegrecido por el humo.

> **A los elefantes se les puede alimentar con whisky y agua caliente en cantidades ilimitadas durante los viajes transoceánicos.**



Al volver a la habitación, Jacqueline lo acogió con una sonrisa burlona y media botella de ginebra donde antes no había habido ninguna.

–¿Es así como tenemos que recuperar la calma? –le dijo ella con retintín.

–...

–Pobre tontorrón.

–¿Cómo está Tommy?

–Duerme como un bendito. Ahora. Porque antes, como es lógico, se puso a patalear y a gritar, diciendo que quería ir donde el fuego.

Al cabo de un rato advirtió Ethan, mirándola como podía por encima de su vaso, que Jacqueline llevaba un parche en el otro ojo.

–Si Francesca hubiese sido una chica como tú no creo que Paolo hubiera sufrido tanto.

–¿Salvasteis algo?

–Aparte del potencial industrial de los alrededores, cuyo valor se ha estimado en más de medio millón de dólares, pues sí, ya que lo preguntas. Matamos todo un oso: salvamos la leñera de L'Hirondelle. Parte de ella... Pero es la mar de gracioso.

–¿Qué es gracioso?

–Nadie sabe cómo empezó. Esta noche no ha caído ningún rayo. Según los bomberos, no hay explicación.

Jacqueline lo despertó más tarde.

–¿Se ha sabido algo más de *nuestro* incendio?

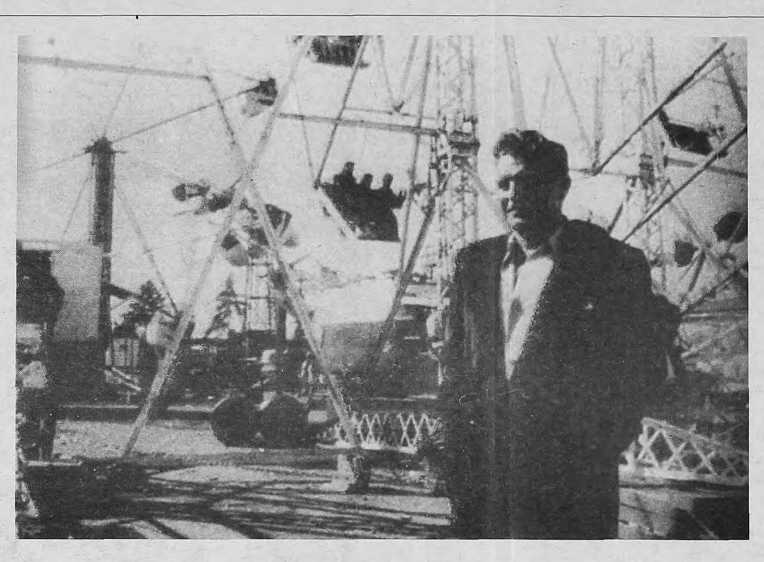
–No. Por lo que parece, nadie lo vio hasta que fue demasiado tarde -dijo él con gran excitación–. ¡Maldita sea!

Tras cinco horas de horribles pesadillas despertó Ethan en pleno día, resuelto a parar e[l] carro del alcohol y a romperle las ruedas en[...] tre ambos. Esta resolución terminó a medio[...] día, cuando se declaró un incendio en la tien[...] da de licores. No se salvó nada, excepto uno[s] cuantos cajones viejos de embalar y una bo[...] tella de whisky canadiense *blanc vieux* que re[...] ventó. Una vez más, el héroe fue el tender[o] del extintor, que se encontraba hablando co[n] el dueño del cine contiguo (y en cuya facha[...] da se leía: *¡Próximamente! ¡El Judío Erran[...] te!*).

Tampoco hubo explicación para aquel in[...] cendio, aunque el cuarto, que se declaró l[a] noche siguiente en una cabaña situada entr[e] el lago y el Príncipe de Gales, lo provoc[ó] una lámpara de kerosene volcada. Una ho[...] rrible tormenta sacudió Niágara del Lago [a] continuación, aunque, que se supiera, nin[...] gún rayo afectó a ningún punto de la locali[...] dad. En circunstancias normales habría sid[o] incómodo, a pesar de los daños mínimos qu[e] los incendios habían causado, advertir que[...] instalados en el Príncipe de Gales, habían si[...] do rodeados por un cerco material de fuego[.] Como fuese, el efecto resultante de saberl[o] fue devastador. Jacqueline, agotada y bajo[...] los efectos de un sedante, y a menudo borra[...] cha, antojábasele a Ethan que sólo se daba[...] cuenta en parte de lo que ocurría. Pero ¿qu[é] ocurría? (¿Cuánto de aquello había ocurri[...] do en realidad?, se preguntaría Ethan má[s] tarde. Bueno, sí, pensó, pero todo había ocu[...] rrido a causa de un grano sanguinolento qu[e] le palpitaba bajo los párpados mientras dor[...] mitaba en el autobús. Aunque les había ocu[...] rrido a *ellos*.) A fin de cuentas, ¿verdad?, no[...] sin razón se había llamado País de las Tor[...] mentas a la zona. Era lógico que hubiese tor[...]

¡El elemento lo persigue, señor!

Por Malcolm Lowry



¿Ficción o autobiografía?: "El Cónsul" Lowry bajo la volcánica y metafórica rueda de la fortuna.

LLAMADO A DECLARAR
Una vez no ha bastado

Abogado prueba la cárcel

El capitán Ethan Llewelyn, célebre abogado criminalista, fue llamado a declarar otra vez el pasado sábado por la noche. Pero parece que no pudo volver inmediatamente a su casa. La vista, que se celebró el lunes en el juzgado, finalizó con la pena de retirarle durante un mes el permiso de conducir y una multa de 50 dólares. El agravante de intoxicación alcohólica que sobre él pesaba fue desestimado. El defensor de la ley tuvo problemas con la ley en la autopista Toronto-Ixión, donde se le había atascado el coche y donde lo interrogó un agente de un coche patrulla que pasaba por allí.

Según manda el código

Conocido desde hace tiempo como el "defensor del hombre de la calle", el capitán Llewelyn, que admitió haber tomado un par de copas "en una fiesta de despedida en mi honor", explicó que, según manda el código de circulación, se había detenido cinco minutos antes para empujar a unos jóvenes cuyo vehículo se había quedado atascado en la carretera, y luego, al arrancar, también él "sufrió la avería". Al pedírsele que explicase por qué estaba en el lado prohibido de la carretera, alegó que su vehículo, de fabricación inglesa, se había "quedado al parecer también sin combustible", por lo que no había dudado en detenerse en el lado izquierdo "contra su costumbre" o "en señal de protesta" o "sencillamente porque el coche lo prefirió así".

No es el buen samaritano borracho

Tras considerarse que estas explicaciones eran confusas, fue conducido a la prisión de Toronto, aunque se le puso en libertad más tarde sin fianza y tras comprometerse a no reincidir. Luego explicó a los periodistas: "Probablemente sufrí una conmoción retardada y creí que aún estaba en Europa. De cualquier modo no quiero que se me llame el buen samaritano borracho". El capitán Llewelyn ha vuelto hace poco de Francia. La célebre casa del abogado, la Mansión Barkerville, en Niágara del Lago, y desde hace tiempo atracción turística, quedó totalmente destruida por un incendio hace diez días, poniendo en peligro los alrededores cuyo valor potencial industrial se ha estimado en más de medio millón de dólares.

***

A los elefantes se les puede alimentar con whisky y agua caliente en cantidades ilimitadas durante los viajes transoceánicos.

***

Los palafitos de los habitantes de las Islas Nicobar, en el Golfo de Bengala, se encuentran entre los más antiguos tipos de casa del mundo.

...No, no había olvidado aquel artículo de la *Toronto Tribune* y no era probable que olvidase nunca, ahora, aquel último material de relleno. Ni el colectivo arrastre del MG: seguía siendo el mismo (y uno de los pocos de su clase aquel MG especial, modelo Magna University, 1932, descapotable, de cuatro asientos), como tampoco el deportivo coche fúnebre y celular: y se lo llevó a la cárcel en aquel mismo antideportivo coche fúnebre y celular, el María la Negra; tampoco la cárcel, tan familiar vista desde fuera, tampoco el agradable polizonte, que lo conocía, que le dijo: "No se preocupe, señor Llewelyn, tenemos aquí a la flor y nata de Toronto, como usted bien sabe". Ni al desagradable, que no lo conocía, y que, cuando Ethan se puso a hablar otra vez del incendio, lo metió de un empujón en una celda provisional que apestaba a orina, donde lo tuvo un buen rato. "¿Cómo se llama usted?", había preguntado a otro desgraciado que allí había... "Mire, yo no soy más que un asesino."

–No para volverse loco exactamente. –Cierto; pero ahora era como si el mundo subjetivo e interior, a fin de combatir aquella amenaza, se hubiese vuelto en cierto modo del revés: como si el mundo objetivo y exterior hubiese caído en una suerte de histeria. Contagiado, quizá, por la pobrecilla Jacqueline, que, aunque había estado magnífica durante su detención, indignada por él, tierna con él, incluso de buen humor, había sido presa de ocasionales ataques de histeria en los que, con creciente facilidad, podía ser víctima de sustos y sobresaltos. Y según parecía no había febrífugo contra esta doble enfermedad, contra esta intercomunicante fiebre de locura cuyos efectos la arrojaban a una dimensión anómala donde la realidad parecía calculadamente vencida. Como (¿o era al revés?) en esas obras en que los actores se mezclan con el público saliendo y entrando en el escenario por el foso de la orquesta (quizá como en aquella época, recordaba Ethan, en que el viejo cine de Niágara del Lago había sido un teatro experimental), y mientras se los observa descubre uno de repente que quien tiene al lado no es la chica con quien ha entrado en el local, sino el mismísimo Mono Peludo –o Claude Rains en *De la mañana a la medianoche*–, enfermedad y pesadilla que parecían infiltrarse en la vida y retroceder sin dificultad, hasta el horrible contagio común.

Durante la quincena anterior, en el Príncipe de Gales, entre el incendio y la detención de Ethan, había habido una serie de violentas tormentas con aparato eléctrico y casi todas las noches les había parecido oír la sirena del coche de bomberos. Sin embargo, de manera extraña, porque no había habido incendios en Niágara del Lago durante décadas, otros tres incendios se habían declarado después del suyo en aquellas dos semanas, dos probablemente a causa de un rayo, el otro totalmente inexplicable, los tres nocturnos y todos, a diferencia del suyo, de menor cuantía. Los tres se habían declarado cerca de las ruinas de la vieja mansión Barkerville, a bastante distancia del Príncipe de Gales. Pero a la sazón, al volver Ethan del fin de semana en Toronto que había terminado tan vergonzosamente (viaje sin embargo, que había tenido por objeto la ruptura definitiva de sus relaciones con la filial torontana de su compañía, pues la fiesta de despedida en honor de sí mismo no había sido ninguna broma), otros cuatro incendios se habían declarado cerca del mismo Príncipe de Gales. Deshechos y borrachos, Ethan y Jacqueline, que por prescripción médica estaban además bajo los efectos de un fuerte sedante, dormían en realidad cuandose declaró el primero, que comenzó cuando un rayo alcanzó un depósito de leña que había tras los viejos establos llenos de diligencias con telarañas, a unos cuarenta metros de distancia a lo sumo. Cuando el segundo, Ethan se despertó, vio la roja conflagración que coloreaba la parte derecha de la ventana del dormitorio y advirtió que Jacqueline sufría los efectos de un ataque. Chillando –imaginando, según contó más tarde, que era Barkerville lo que ardía–, medio arrastró a Tommy fuera de la habitación y hasta la calle. Por suerte no era el hotel lo que ardía, sino otra leñera. Habiendo conseguido, con ayuda de la comprensiva Madame Grigorivitch (que, ucraniana exiliada, no era extraña a tales sufrimientos), calmar a Jacqueline, Ethan colaboró con los bomberos en la extinción del fuego, trasteó con la manguera y acabó con un ojo ennegrecido por el humo.

> **"A los elefantes se les puede alimentar con whisky y agua caliente en cantidades ilimitadas durante los viajes transoceánicos."**

Al volver a la habitación, Jacqueline lo acogió con una sonrisa burlona y media botella de ginebra donde antes no había habido ninguna.

–¿Es así como tenemos que recuperar la calma? –le dijo ella con retintín.

–...

–Pobre tontorrón.

–¿Cómo está Tommy?

–Duerme como un bendito. Ahora. Porque antes, como es lógico, se puso a patalear y a gritar, diciendo que quería ir donde el fuego.

Al cabo de un rato advirtió Ethan, mirándola como podía por encima de su vaso, que Jacqueline llevaba un parche en el otro ojo.

–Si Francesca hubiese sido una chica como tú no creo que Paolo hubiera sufrido tanto.

–¿Salvasteis algo?

–Aparte del potencial industrial de los alrededores, cuyo valor se ha estimado en más de medio millón de dólares, pues sí, ya que lo preguntas. Matamos todo un oso: salvamos la leñera de L'Hirondelle. Parte de ella... Pero es la mar de gracioso.

–¿Qué es gracioso?

–Nadie sabe cómo empezó. Esta noche no ha caído ningún rayo. Según los bomberos, no hay explicación.

Jacqueline lo despertó más tarde.

–¿Se ha sabido algo más de *nuestro* incendio?

–No. Por lo que parece, nadie lo vio hasta que fue demasiado tarde -dijo él con gran excitación–. ¡Maldita sea!

Tras cinco horas de horribles pesadillas despertó Ethan en pleno día, resuelto a parar el carro del alcohol y a romperle las ruedas entre ambos. Esta resolución terminó a mediodía, cuando se declaró un incendio en la tienda de licores. No se salvó nada, excepto unos cuantos cajones viejos de embalar y una botella de whisky canadiense *blanc vieux* que reventó. Una vez más, el héroe fue el tendero del extintor, que se encontraba hablando con el dueño del cine contiguo (y en cuya fachada se leía: *¡Próximamente! ¡El Judío Errante!*).

Tampoco hubo explicación para aquel incendio, aunque el cuarto, que se declaró la noche siguiente en una cabaña situada entre el lago y el Príncipe de Gales, lo provocó una lámpara de kerosene volcada. Una horrible tormenta sacudió Niágara del Lago a continuación, aunque, que se supiera, ningún rayo afectó a ningún punto de la localidad. En circunstancias normales habría sido incómodo, a pesar de los daños mínimos que los incendios habían causado, advertir que, instalados en el Príncipe de Gales, habían sido rodeados por un cerco material de fuego. Como fuese, el efecto resultante de saberlo fue devastador. Jacqueline, agotada y bajo los efectos de un sedante, y a menudo borracha, antojábasele a Ethan que sólo se daba cuenta en parte de lo que ocurría. Pero ¿qué ocurría? (¿Cuánto de aquello había ocurrido en realidad?, se preguntaría Ethan más tarde. Bueno, sí, pensó, pero todo había ocurrido a causa de un grano sanguinolento que le palpitaba bajo los párpados mientras dormitaba en el autobús. Aunque les había ocurrido a *ellos*.) A fin de cuentas, ¿verdad?,no sin razón se había llamado País de las Tormentas a la zona. Era lógico que hubiese tormentas. Sin embargo, la obsesionante sensación de lo antinatural, del *cauchemar*, atravesaba incluso el dique de las defensas de Jacqueline. Pues no era lógico que aquellas tormentas estallasen en mayo. Antes bien era del todo ilógico. Porque eran efecto, características, la *Klangmalerei* de los dramas lacustres de julio y agosto. Y la conclusión, dado el estado anímico de Ethan, altamente potenciado por el alcohol, parecía inevitable: no satisfecho con haberles arrebatado la casa, algo, alguien, alguna "inteligencia", los perseguía a ellos en concreto, o a él personalmente, por toda la ciudad, y se disponía a golpear de nuevo.

Pero su estrategia parecía haberse vuelto confusa, haberse dispersado. Aunque las tormentas seguían estallando en lo alto, cierta fuerza parecía haber desviado los rayos, así como la ola de incendios, en sentido opuesto, en todas direcciones en realidad menos en la de ellos. Los fenómenos atmosféricos se sucedían en todo el territorio, aunque de manera irregular e intermitente, como para dar a entender que aquello no olvidaba en definitiva, que la "inteligencia" pulsaría otra cuerda en Niágara del Lago. Ahora oían realmente el alboroto del coche de bomberos que corría tras los incendios casi cada noche; pero en la distancia; eran los de Queenstown, y quizá los de Ixión, y los de Hamilton también. Ahora más que nunca, en las carreteras comarcales, el rayo "pelaba los mástiles y mordía los cables", y el lago tenía que probar el sabor del azufre, aunque Ethan no tenía valor para comprobarlo.

Es posible que pensara que aquello era muy triste porque entre tormenta y tormenta hacía mucho calor.

En ocasiones, la "inteligencia" se manifestaba de un modo casi benigno. Un sábado por la noche, el barbero y su mujer, que habían estado en una taberna lejana, se dirigían a su casa cojeando, buscaron cobijo bajo un olmo, les cayó un rayo encima y llegaron a casa casi saltando, curados para siempre a partir de aquel día de todo reumatismo. Fue una agilidad recuperada que les hacía mucha falta porque, aquella misma noche, su casa, sita en las afueras de Niágara del Lago, se incendió. Una bola de fuego que cruzó con solemnidad los prados adjuntos entró por la ventana de la cocina, ventana desde la que se lanzó la señora McTavish dando gritos, aunque aterrizó sin hacerse ningún daño. La bola de fuego incendió unos cuantos visillos y cortinas, y luego las llamas se apagaron de común acuerdo.

Hubo otros de aquellos célebres "rayos de superficie" que abatieron más árboles, o que medio los derribaron, o por lo menos se dijo que los derribaron, en la carretera que bordeaba el campo de golf. La inteligencia volvía. Cierta noche, todo Niágara del Lago se sacudió con el celeste tumulto de lo alto como si sufriera un terremoto. Rugidos y estampidos sonaron en los campos surcados de rayos en que Jacqueline y Ethan habían recogido zumaque y cardencha para decorar la mansión Barkerville. Una granja abandonada, situada a ocho kilómetros, estalló en llamas. Y una pequeña casa construida en un árbol, sin que el árbol se chamuscara siquiera. Por si esto fuera poco se dijo que se habían visto apariciones o "luces misteriosas" en los muchos cementerios descuidados y olvidados de Niágara del Lago. El trueno volvió a Niágara con redoblada violencia, como si fuera eco de celestes combates que se desarrollaran sobre el lago, eco de celestiales partidas de billar americano. Y toda la ciudad (excepción hecha de los ciudadanos de mayor sentido común, entre los que habría que contar, en términos relativos, a Jacqueline, incluso al mismo Ethan) quedó inmersa en aquel tumulto, en aquella tempestad, en aquella especie de celeste desorden cinestésico. Se insinuaban rumores de toda índole, crecían, se hinchaban, y, semejantes a bolas de fuego que hubieran entrado por la ventana de unas cuantas cocinas, desaparecían. Hacia Levante se vio surcar las aguas un velero fantasma con los masteleros iluminados por fuego de Santelmo. Un monstruo marino, con cuernos semejantes a los de una cabra, de treinta y dos metros de largo, se había visto hacer cabriolas enel río Niágara. Investigadores de fenómenos psíquicos anormales se pusieron a investigar. La gente dejaba abierta la puerta de las casas para que Cristo entrara por ellas. El párroco roció con agua bendita el umbral de "Tratamiento Natural de las Osteopatías" de Jix Gleason. Y, según se dijo, "muchas casas". Por último, el setter del señor Grigorivitch dio a luz un perrito azul.

Ethan, mientras tanto, para no recordar la fecha exacta del incendio que lo afectaba, pues de este modo advertía que una obsesión reemplazaba a otra, o quizá para no tener que pensar en "mayo" de ninguna de las maneras, se sorprendía todas las noches, ya en la cama, esforzándose por acordarse de todos los sietes de octubre de los últimos diecisiete años, y le pareció que, desde la muerte de Peter Cordwainer, en esta fecha o en sus proximidades había habido siempre alguna desgracia o el comienzo de alguna. Y que la presente no fuera cuando menos la primera quincena de octubre, era, aparte de la ginebra, uno de los pocos consuelos que tenía esta vez.

Igualmente mientras tanto, había roto por fin o casi por fin relaciones con la filial torontana de su compañía, aunque aún no estaba claro si iba a poder integrarse, como esperaba, en otra filial de la misma en Vancouver. ¿Cómo esperaba? La verdad es que Ethan no esperaba nada en absoluto en aquella época. Ir al Oeste se le antojaba una solución absurda y aproximadamente tan recomendable como la muerte. No trabajaba, no tenía nada que hacer salvo vagabundear por la ciudad, convertido en una especie de alma en pena que busca el lugar de su nacimiento y catástrofe terrenal. En ocasiones se le ocurría pensar que no iba al encuentro de su ordalía como creyese. Sin embargo no hacía nada al respecto, a pesar de las reiteradas intentonas a medias.

Jacqueline, por su lado, era unas veces osada y otras mezquina. Que pudiera estar esperando a que él adoptara una actitud más firme y resuelta hacia la vida de ambos, apenas se le ocurría a Ethan. Cierta noche, tras haberle censurado por no "parar el carro" del alcohol como en repetidas ocasiones había prometido él, cuando Ethan volvió a afirmar que iba a hacerlo, ella le echó en cara su cretina hipocresía por fanfarronear a propósito de aquello, de modo y manera que, en menos que se tarda en pensarlo, a Ethan le vino muy cómodo imaginar que era ella quien lo "empujaba a la bebida". Mientras que Jacqueline, en no menor medida, habiendo tomado idénticas decisiones, se consideraría "empujada a la bebida" por Ethan. Otras veces se encontraría Ethan de pronto alcohólicamente incapaz de entender por qué Jacqueline, que había lamentado durante tanto tiempo sus nulos contactos con algo convincentemente sobrenatural, abandonaba todo interés en el asunto cuando tenía una prueba, a juicio de él, delante mismo de los ojos. Que ella pudiera estar en realidad mortalmente asustada por miedos que no sabía o no quería nombrar, tampoco podía comprenderlo él. Ni podía comprender –o comprender a fondo– que aquel engolfamiento en semejantes ideas en semejante crisis podía ser presagio de un derrumbe suyo casi tan absoluto como, de manera complementaria, indicaban al parecer aquellos mismos fenómenos en el mundo de causas y efectos que lo rodeaba. Sí, volvió a decirse, es como si la propia naturaleza sufriera una especie de depresión nerviosa. ¿Por qué no? Los seres humanos las sufren. Quizá Jacqueline tenga una.

Fue donde el tendero del extintor para hablar del asunto; esto, a decir verdad –hablar con otro ser humano–, fue un alivio. Al principio se había propuesto hablar sólo del incendio que le concernía; pero luego había aparecido el segundo incendio, el tercer incendio, el cuarto incendio; en aquel instante sólo Dios sabía cuántos incendios había para comentar.

> **"Sí, volvió a decirse, es como si la propia naturaleza sufriera una especie de depresión nerviosa. ¿Por qué no? Los seres humanos las sufren."**

El tendero meditó un buen rato y dijo:

–Bueno. Da la sensación de que el elemento lo persigue, señor.

–¿Que me persigue, dice usted? Pues en cierto modo es verdad. –Como cuando se tiene lombrices –dijo el tendero, mientras empaquetaba las dos latas de naranjada que había comprado Ethan (era de capital importancia que el tendero pensase que él consumía aquella clase de bebida, como si no tuviera ojos en la cara para ver que, acto seguido, iba a ir como una flecha al establecimiento de licores del otro lado de la calle)–. La señora tiene lombrices; por suerte es una mujer muy lista; y las conserva. Unas lombrices condenadamente gordas. El médico la felicita. Y va y le dice: "Es curioso. Hace cinco años que no veo un caso de lombrices y, de pronto ¡bingo!, cinco casos, todos esta misma tarde y en cinco familias distintas. El suyo es el quinto caso", añade.

–¡Lombrices! –dijo Ethan–. ¡Maldita sea, hombre, que a uno se le incendie la casa no es como tener lombrices!

–No, si yo me refiero a esos incendios absurdos que van tras de usted; esto sí es lo mismo, señor Llewelyn... A nosotros se nos incendió una vez, en Whisky Creek, Saskatchewan. Nos trasladamos a Swift Current, Saskatchewan. Un sitio donde no había habido incendios desde los tiempos de Maricastaña. Y en cuanto nos mudamos, ¡toma!, cinco incendios, y todos en el mismo mes...

–¿Cómo? ¿*Tres* botellas de ginebra? No puedo venderle tres –dijo el dueño del incendiado comercio de licores–. Bueno, le venderé las tres porque se trata de usted... Sí, un incendio –añadió suspirando–. En fin, tuvimos suerte. Quiero decir en comparación con usted... Yo tampoco sé cómo empezó el nuestro... Diantre, es lo que la gente dice... Da la sensación de que el elemento lo persigue, señor.

–Gracias. ¿Le importaría repetirlo?

–Es lo peor que puede ocurrirle a un hombre.

¡Próximamente! ¡El Judío Errante!

No había sido tan imprudente a fin de cuentas, en la medida en que se podía decir que hacía algo prudente en aquellos días y fueran cuales fuesen sus ulteriores motivos, el haber insistido en quedarse en el Príncipe de Gales. No sólo el alboroto nocturno de la planta baja contribuía a amortiguar el creciente ruido de sus propias desavenencias domésticas o de los ataques histéricos de la pobre Jacqueline, cuando no había tormentas que lo ahogasen, sino que, además, la bondadosa Madame Grigorivitch resultó ser un puerto de amparo y una madre solícita para Jacqueline y también para Tommy (que, desde la detención del padre, no había dejado de comportarse como cirio de difunto, pero en un sentido más literal ahora, y que vivía en una atmósfera de semisufrimiento, acosado por sus antiguos amigos, si bien defendido por los más recientes y frenéticos, a despecho del perjuicio o beneficio que de aquí se siguiese), que, de otro modo, habría quedado por completo a la buena de Dios. También se conducía como una madre con Ethan en ocasiones, ya que le surtía de cerveza embotellada en la cocina en las noches en que él no se podía dormir, estuviera lo borracho que estuviese. Sus charlas eran siempre del siguiente tenor:

–¿Está usted por casualidad emparentada con un director de cine ruso llamado Dovjenko, Madame Grigorivitch?

–Creo que lo conocí cuando era un niño. A lo mejor es primo mío.

–He visto una película suya; es asombrosa si se olvida la propaganda. Hay una escena en que un individuo va a matar a su hermano en un bosque...

–Los ucranianos de Dovjenko... Vamos, tómese la cerveza.

–Bueno, Dostoievsky...

Así, en cierto modo tranquilizado, volvía donde Jacqueline, que dormía intranquila a causa del sedante, y yacía inmóvil junto a ella en la obscuridad... ■

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. Capítulo 18 de *Ferry de octubre a Gabriola*, por Malcolm Lowry. Se reproduce aquí por gentileza de Debate/Narrativa.



¿Ficción o autobiografía?: "El Cónsul" Lowry bajo la volcánica y metafórica rueda de la fortuna.

...lo persigue, ...nor!

...mentas. Sin embargo, la obsesionante sen... ...sación de lo antinatural, del *cauchemar*, atra... ...vesaba incluso el dique de las defensas de ...Jacqueline. Pues no era lógico que aquellas ...tormentas estallasen en mayo. Antes bien era ...del todo ilógico. Porque eran efecto, carac... ...terísticas, la *Klangmalerei* de los dramas la... ...custres de julio y agosto. Y la conclusión, ...dado el estado anímico de Ethan, altamente ...potenciado por el alcohol, parecía inevita... ...ble: no satisfecho con haberles arrebatado la ...casa, algo, alguien, alguna "inteligencia", ...los perseguía a ellos en concreto, o a él per... ...sonalmente, por toda la ciudad, y se dispo... ...nía a golpear de nuevo.

Pero su estrategia parecía haberse vuelto ...confusa, haberse dispersado. Aunque las tor... ...mentas seguían estallando en lo alto, cierta ...fuerza parecía haber desviado los rayos, así ...como la ola de incendios, en sentido opues... ...to, en todas direcciones en realidad menos en ...la de ellos. Los fenómenos atmosféricos se ...sucedían en todo el territorio, aunque de ma... ...nera irregular e intermitente, como para dar ...a entender que aquello no olvidaba en defi... ...nitiva, que la "inteligencia" pulsaría otra cuer... ...da en Niágara del Lago. Ahora oían realmen... ...te el alboroto del coche de bomberos que co... ...rría tras los incendios casi cada noche; pero ...en la distancia; eran los de Queenstown, y ...quizá los de Ixión, y los de Hamilton también. Ahora más que nunca, en las carreteras co... ...marcales, el rayo "pelaba los mástiles y mor... ...día los cables", y el lago tenía que probar el sabor del azufre, aunque Ethan no tenía va... ...lor para comprobarlo.

Es posible que pensara que aquello era muy triste porque entre tormenta y tormenta hacía mucho calor.

En ocasiones, la "inteligencia" se manifestaba de un modo casi benigno. Un sábado por la noche, el barbero y su mujer, que habían estado en una taberna lejana, se dirigían a su casa cojeando, buscaron cobijo bajo un olmo, les cayó un rayo encima y llegaron a casa casi saltando, curados para siempre a partir de aquel día de todo reumatismo. Fue una agilidad recuperada que les hacía mucha falta porque, aquella misma noche, su casa, sita en las afueras de Niágara del Lago, se incendió. Una bola de fuego que cruzó con solemnidad los prados adjuntos entró por la ventana de la cocina, ventana desde la que se lanzó la señora McTavish dando gritos, aunque aterrizó sin hacerse ningún daño. La bola de fuego incendió unos cuantos visillos y cortinas, y luego las llamas se apagaron de común acuerdo.

Hubo otros de aquellos célebres "rayos de superficie" que abatieron más árboles, o que medio los derribaron, o por lo menos se dijo que los derribaron, en la carretera que bordeaba el campo de golf. La inteligencia volvía. Cierta noche, todo Niágara del Lago se sacudió con el celeste tumulto de lo alto como si sufriera un terremoto. Rugidos y estampidos sonaron en los campos surcados de rayos en que Jacqueline y Ethan habían recogido zumaque y cardencha para decorar la mansión Barkerville. Una granja abandonada, situada a ocho kilómetros, estalló en llamas. Y una pequeña casa construida en un árbol, sin que el árbol se chamuscara siquiera. Por si esto fuera poco se dijo que se habían visto apariciones o "luces misteriosas" en los muchos cementerios descuidados y olvidados de Niágara del Lago. El trueno volvió a Niágara con redoblada violencia, como si fuera eco de celestes combates que se desarrollaran sobre el lago, eco de celestiales partidas de billar americano. Y toda la ciudad (excepción hecha de los ciudadanos de mayor sentido común, entre los que habría que contar, en términos relativos, a Jacqueline, incluso al mismo Ethan) quedó inmersa en aquel tumulto, en aquella tempestad, en aquella especie de celeste desorden cinestésico. Se insinuaban rumores de toda índole, crecían, se hinchaban, y, semejantes a bolas de fuego que hubieran entrado por la ventana de unas cuantas cocinas, desaparecían. Hacia Levante se vio surcar las aguas un velero fantasma con los masteleros iluminados por fuego de Santelmo. Un monstruo marino, con cuernos semejantes a los de una cabra, de treinta y dos metros de largo, se había visto hacer cabriolas enel río Niágara. Investigadores de fenómenos psíquicos anormales se pusieron a investigar. La gente dejaba abierta la puerta de las casas para que Cristo entrara por ellas. El párroco roció con agua bendita el umbral de "Tratamiento Natural de las Osteopatías" de Jix Gleason. Y, según se dijo, "muchas casas". Por último, el setter del señor Grigorivitch dio a luz un perrito azul.

Ethan, mientras tanto, para no recordar la fecha exacta del incendio que lo afectaba, pues de este modo advertía que una obsesión reemplazaba a otra, o quizá para no tener que pensar en "mayo" de ninguna de las maneras, se sorprendía todas las noches, ya en la cama, esforzándose por acordarse de todos los sietes de octubre de los últimos diecisiete años, y le pareció que, desde la muerte de Peter Cordwainer, en esta fecha o en sus proximidades había habido siempre alguna desgracia o el comienzo de alguna. Y que la presente no fuera cuando menos la primera quincena de octubre, era, aparte de la ginebra, uno de los pocos consuelos que tenía esta vez.

Igualmente mientras tanto, había roto por fin o casi por fin relaciones con la filial torontana de su compañía, aunque aún no estaba claro si iba a poder integrarse, como esperaba, en otra filial de la misma en Vancouver. ¿Cómo esperaba? La verdad es que Ethan no esperaba nada en absoluto en aquella época. Ir al Oeste se le antojaba una solución absurda y aproximadamente tan recomendable como la muerte. No trabajaba, no tenía nada que hacer salvo vagabundear por la ciudad, convertido en una especie de alma en pena que busca el lugar de su nacimiento y catástrofe terrenal. En ocasiones se le ocurría pensar que no iba al encuentro de su ordalía como creyese. Sin embargo no hacía nada al respecto, a pesar de las reiteradas intentonas a medias.

Jacqueline, por su lado, era unas veces osada y otras mezquina. Que pudiera estar esperando a que él adoptara una actitud más firme y resuelta hacia la vida de ambos, apenas se le ocurría a Ethan. Cierta noche, tras haberle censurado por no "parar el carro" del alcohol como en repetidas ocasiones había prometido él, cuando Ethan volvió a afirmar que iba a hacerlo, ella le echó en cara su cretina hipocresía por fanfarronear a propósito de aquello, de modo y manera que, en menos que se tarda en pensarlo, a Ethan le vino muy cómodo imaginar que era ella quien lo "empujaba a la bebida". Mientras que Jacqueline, en no menor medida, habiendo tomado idénticas decisiones, se consideraría "empujada a la bebida" por Ethan. Otras veces se encontraría Ethan de pronto alcohólicamente incapaz de entender por qué Jacqueline, que había lamentado durante tanto tiempo sus nulos contactos con algo convincentemente sobrenatural, abandonaba todo interés en el asunto cuando tenía una prueba, a juicio de él, delante mismo de los ojos. Que ella pudiera estar en realidad mortalmente asustada por miedos que no sabía o no quería nombrar, tampoco podía comprenderlo él. Ni podía comprender –o comprender a fondo– que aquel engolfamiento en semejantes ideas en semejante crisis podía ser presagio de un derrumbe suyo casi tan absoluto como, de manera complementaria, indicaban al parecer aquellos mismos fenómenos en el mundo de causas y efectos que lo rodeaba. Sí, volvió a decirse, es como si la propia naturaleza sufriera una especie de depresión nerviosa. ¿Por qué no? Los seres humanos las sufren. Quizá Jacqueline tenga una.

Fue donde el tendero del extintor para hablar del asunto; esto, a decir verdad –hablar con otro ser humano–, fue un alivio. Al principio se había propuesto hablar sólo del incendio que le concernía; pero luego había aparecido el segundo incendio, el tercer incendio, el cuarto incendio; en aquel instante sólo Dios sabía cuántos incendios había para comentar.

> **"Sí, volvió a decirse, es como si la propia naturaleza sufriera una especie de depresión nerviosa. ¿Por qué no? Los seres humanos las sufren."**

El tendero meditó un buen rato y dijo:

–Bueno. Da la sensación de que el elemento lo persigue, señor.

–¿Que me persigue, dice usted? Pues en cierto modo es verdad. –Como cuando se tiene lombrices –dijo el tendero, mientras empaquetaba las dos latas de naranjada que había comprado Ethan (era de capital importancia que el tendero pensase que él consumía aquella clase de bebida, como si no tuviera ojos en la cara para ver que, acto seguido, iba a ir como una flecha al establecimiento de licores del otro lado de la calle)–. La señora tiene lombrices; por suerte es una mujer muy lista; y las conserva. Unas lombrices condenadamente gordas. El médico la felicita. Y va y le dice: "Es curioso. Hace cinco años que no veo un caso de lombrices y, de pronto ¡bingo!, cinco casos, todos esta misma tarde y en cinco familias distintas. El suyo es el quinto caso", añade.

–¡Lombrices! –dijo Ethan–. ¡Maldita sea, hombre, que a uno se le incendie la casa no es como tener lombrices!

–No, si yo me refiero a esos incendios absurdos que van tras de usted; esto sí es lo mismo, señor Llewelyn... A nosotros se nos incendió una vez, en Whisky Creek, Saskatchewan. Nos trasladamos a Swift Current, Saskatchewan. Un sitio donde no había habido incendios desde los tiempos de Maricastaña. Y en cuanto nos mudamos, ¡toma!, cinco incendios, y todos en el mismo mes...

–¿Cómo? ¿*Tres* botellas de ginebra? No puedo venderle tres –dijo el dueño del incendiado comercio de licores–. Bueno, le venderé las tres porque se trata de usted... Sí, un incendio –añadió suspirando–. En fin, tuvimos suerte. Quiero decir en comparación con usted... Yo tampoco sé cómo empezó el nuestro... Diantre, es lo que la gente dice... Da la sensación de que el elemento lo persigue, señor.

–Gracias. ¿Le importaría repetirlo?

–Es lo peor que puede ocurrirle a un hombre.

¡Próximamente! ¡El Judío Errante!

No había sido tan imprudente a fin de cuentas, en la medida en que se podía decir que hacía algo prudente en aquellos días y fueran cuales fuesen sus ulteriores motivos, el haber insistido en quedarse en el Príncipe de Gales. No sólo el alboroto nocturno de la planta baja contribuía a amortiguar el creciente ruido de sus propias desavenencias domésticas o de los ataques histéricos de la pobre Jacqueline, cuando no había tormentas que lo ahogasen, sino que, además, la bondadosa Madame Grigorivitch resultó ser un puerto de amparo y una madre solícita para Jacqueline y también para Tommy (que, desde la detención del padre, no había dejado de comportarse como cirio de difunto, pero en un sentido más literal ahora, y que vivía en una atmósfera de semisufrimiento, acosado por sus antiguos amigos, si bien defendido por los más recientes y frenéticos, a despecho del perjuicio o beneficio que de aquí se siguiese), que, de otro modo, habría quedado por completo a la buena de Dios. También se conducía como una madre con Ethan en ocasiones, ya que le surtía de cerveza embotellada en la cocina en las noches en que él no se podía dormir, estuviera lo borracho que estuviese. Sus charlas eran siempre del siguiente tenor:

–¿Está usted por casualidad emparentada con un director de cine ruso llamado Dovjenko, Madame Grigorivitch?

–Creo que lo conocí cuando era un niño. A lo mejor es primo mío.

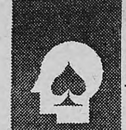
–He visto una película suya; es asombrosa si se olvida la propaganda. Hay una escena en que un individuo va a matar a su hermano en un bosque...

–Los ucranianos de Dovjenko... Vamos, tómese la cerveza.

–Bueno, Dostoievsky...

Así, en cierto modo tranquilizado, volvía donde Jacqueline, que dormía intranquila a causa del sedante, y yacía inmóvil junto a ella en la obscuridad... ■

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. Capítulo 18 de *Ferry de octubre a Gabriola*, por Malcolm Lowry. Se reproduce aquí por gentileza de Debate/Narrativa.



NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

A

				B	R
				4	0
8	1	2	3	2	0
7	9	5	6	1	0
8	4	1	5	0	1
1	5	3	0	0	1

B

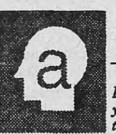
				B	R
				4	0
1	0	6	2	2	1
5	0	7	3	1	1
4	6	2	3	0	1
5	1	2	8	0	1

C

				B	R
				4	0
6	2	1	4	2	0
2	1	4	5	0	3
5	0	9	3	0	1
9	5	3	7	0	1

D

				B	R
				4	0
6	4	3	7	1	0
4	7	9	0	1	0
2	5	1	9	1	0
1	0	2	6	0	1



CRUCIGRAMA CON PISTAS

*En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: **generales, horizontales y verticales.** Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, puede recurrir a las **pistas auxiliares** que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES

- Hay un cuadrito negro; son diez palabras de seis letras, una de cinco, una de tres y una de dos.
- Vocales y consonantes no están necesariamente alternadas.
- Con las letras de las esquinas, se puede formar la palabra **ORCA.**

PISTAS HORIZONTALES

A. Aquí hay sólo dos vocales: una **A** y una **O.**
B. En esta palabra no hay **A** ni **O.**
C. Es un verbo conjugado con acento en la cuarta letra.
D. Aquí no se repiten letras, y está la única **X.**
E. Es un nombre propio.
F. Aquí hay un cuadrito negro.

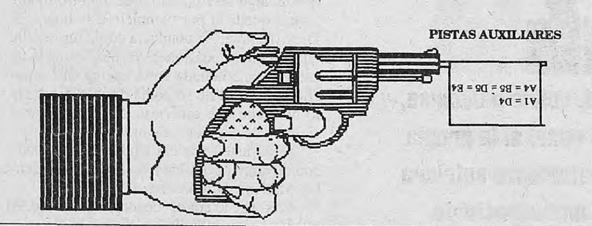
PISTAS VERTICALES

1. Es un apócope que se usa como genérico y no tiene **O.**
2. En este verbo en infinitivo no hay **S** ni **T.**
3. Aquí hay un infinitivo de cinco letras.
4. En esta palabra hay dos **T** y otras dos consonantes.
5. Aquí se repiten la **I** y la **T.**
6. Es verbo conjugado, acentuado en la última letra.

	1	2	3	4	5	6
A						
B						
C						
D						
E						
F						

A	A	A	A	A	C	C	E	E
E	E	G	I	I	I	M	N	N
N	O	O	O	O	R	R	R	R
S	S	S	T	T	T	T	X	■

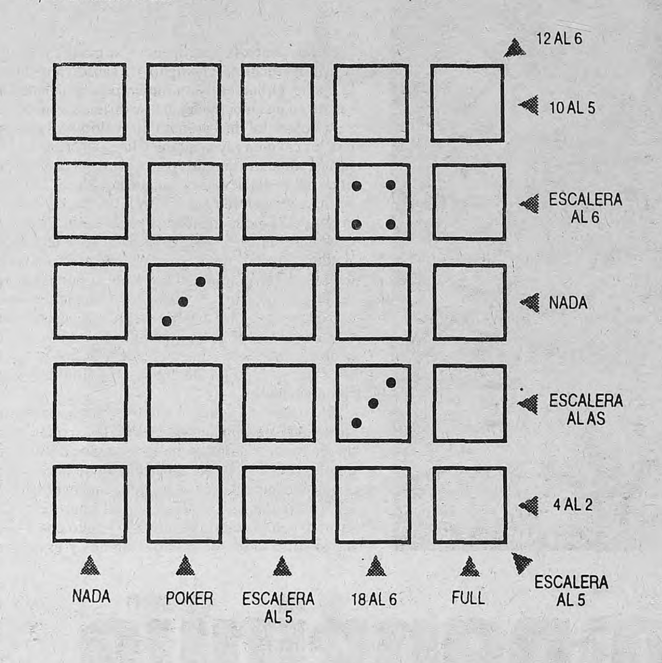
PISTAS AUXILIARES





CUBILETE

En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.



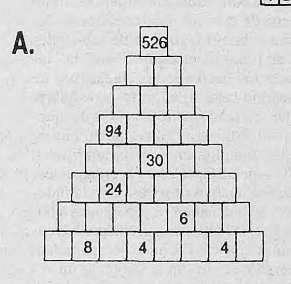


PIRAMIDES NUMERICAS

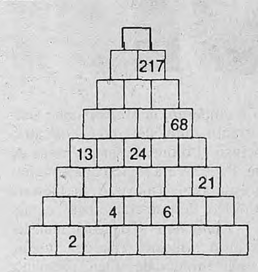
Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y, como ejemplo, una pirámide ya resuelta.

300
151 149
75 76 73
36 39 37 36
17 19 20 17 19
9 8 11 9 8 11
6 3 5 6 3 5 6
4 2 4 2 1 1 4 2

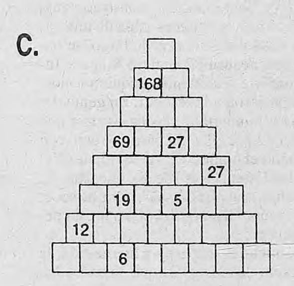
A.



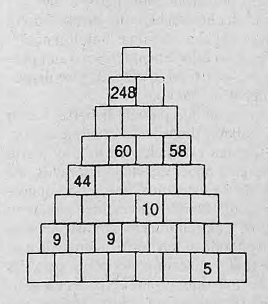
B.



C.



D.



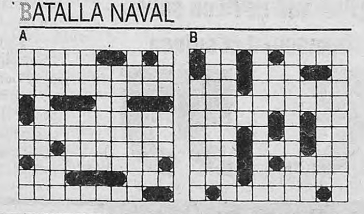
Las soluciones en la edición del martes 14

Soluciones del número anterior

PALABRA OCULTA

A. Arcón.
B. Silla.
C. Cuero.
D. Cocer.
E. Siglo.
F. Ciclo.

BATALLA NAVAL



CRUCIGRAMA

T	U	P	A	C	■	C	A	B	L	E
I	■	O	L	O	R	O	S	O	■	J
R	A	P	■	N	O	R	■	A	L	O
A	N	■	A	C	A	T	O	■	I	T
D	A	F	N	E	■	A	B	A	T	E
■	M	E	T	R	O	P	O	L	I	■
B	I	Z	E	T	■	L	L	E	G	A
A	T	■	S	I	T	U	O	■	I	R
N	A	O	■	S	E	M	■	R	O	D
C	■	R	E	T	R	A	S	O	■	U
O	B	E	S	A	■	S	A	B	A	O

INDOMINO

A

0	1	3	0	0	4	5
1	3	0	3	5	0	3
5	6	0	2	2	2	4
4	1	2	2	2	2	3
6	6	4	1	2	6	4
5	1	6	4	4	1	3
0	1	3	3	6	0	6
5	4	5	6	1	5	5

B

0	3	3	1	5	0	6
0	6	0	1	4	1	5
3	6	5	4	3	4	6
5	0	3	2	1	2	5
2	1	4	5	4	2	1
4	4	2	6	2	0	2
6	0	4	3	5	5	6
1	6	3	2	1	3	0